

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA MODERNA

Lección XV

Ludwing Feuerbach¹

Traducido del alemán por Eduardo Vásquez*.

Lección XV: Kant

Por consiguiente, Kant procede⁽¹⁾. Su filosofía es propiamente, como la de Descartes, dualismo. Pero el espíritu ya no es el sí mismo simple, abstracto, que tiene frente a sí mismo su opuesto como materia externa, sino más completamente es *espíritu profundizado dentro de sí mismo*. Por consiguiente, en Kant, el dualismo se presenta en el espíritu mismo, y las formas de esta oposición son *intuición* y *pensar*. La intuición sin pensamiento es *ciega* y vacío el pensamiento sin intuición. El pensar sin intuición no significa otra cosa que él es *carente de objeto*; sólo por la intuición es puesto un *objeto real*. Pero la intuición sólo pone la *existencia* de un objeto, su *determinación* proviene sólo del pensar (la intuición me entrega la materia (*Stoff*), lo múltiple; el pensar, la forma, el concepto). Diferencia y enlace se encuentran sólo en el entendimiento; sin pensamiento el objeto de la intuición no es para mí un objeto determinado. La intuición me entrega simplemente lo múltiple y únicamente el pensar vincula lo múltiple a una unidad determinada, a un concepto. Por ejemplo, el Sol ha secado con su calor a este arroyuelo, vinculo, por tanto, la manifestación de la sequedad con el calor de los rayos solares, los pongo en una conexión, una *relación*, en la que para mí son objetos el Sol como *causa*, la sequedad como efecto, pero esta *vinculación es pensamiento*, es *juicio*, yo me pienso ambos objetos en relación de causalidad entre sí, los *subsumo* bajo el concepto del cambio de la causa y del efecto. Asimismo, cuando veo una flor con colores rojos; en este caso, la flor, es objeto para mí como sujeto, al cual el color rojo es inherente como predicado. Por consiguiente, vinculo en

¹ Ludwing Feuerbach (1804-1872) preparaba estas lecciones para la Cátedra en la que él iba a suceder a Hegel, pero nunca las llegó a dictar por su declaración de ateísmo. Estas lecciones fueron publicadas en 1974 por la Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Los textos fueron preparados por Carlo Ascheri y Erich Thies (N. del T.).

* Doctor en Filosofía. Profesor Titular Jubilado de la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Autor de numerosos libros, artículos, ensayos y traducciones.

este caso lo diverso de la intuición por medio del concepto de sujeto y predicado. Tales formas de juicios, tales conceptos, se llaman categorías. Estos conceptos no surgen, pues, de la experiencia, sino que más bien son los principios de ellas, las condiciones que son presupuestos de la experiencia que la hacen posible; son por eso conceptos *a prióricos*, conceptos que tienen su origen en el entendimiento mismo. Pero la categoría es sólo una manera o forma determinada como vínculo lo múltiple y como, por tanto, lo sensible se convierte en objeto para mi conciencia. Por tanto, la categoría presupone la unidad originariamente sintética vinculante de la apercepción (es decir, la autoconciencia). “El yo pienso tiene que poder acompañar todas mis representaciones; todo lo múltiple de la intuición tiene una relación necesaria con el yo pienso”, de otro modo, las representaciones no serían mías, no pertenecerían a una y la misma conciencia; sólo porque puedo concebir lo diverso de las representaciones en una conciencia, las llamo a todas *mis* representaciones, pues de otro modo yo tendría un yo tan múltiple y distinto como representaciones tengo de las que me soy consciente. “La ley y el principio supremos bajo los que se encuentran las categorías como modos de enlace, es la unidad de la autoconciencia”. “La unidad sintética de la apercepción es, por tanto, el punto supremo de la filosofía, incluso esa facultad es el entendimiento mismo, el cual no tiene más función que traer a la unidad de la autoconciencia lo diverso de las representaciones dadas”. Kant hace el audaz aforismo siguiente: “El entendimiento no saca sus leyes (*a priori*) de la naturaleza, sino se las prescribe a ésta”. “Los principios fundamentales de la posibilidad de la experiencia son asimismo leyes de la naturaleza”, pero ya que pensamos según leyes necesarias del pensamiento, según se nos organizan los objetos como fenómenos, entonces en la naturaleza sólo se manifiesta nuestra naturaleza, pues lo que la naturaleza es en sí, no lo sabemos, espacio y tiempo sólo son modos como se *nos* dan las cosas.

Las categorías, aunque independientes de la experiencia, no tienen, sin embargo, más ámbito de validez que la experiencia. Sólo tienen realidad en la aplicación a la experiencia (Sólo mediante intuición sensible son dados objetos reales, pero no tenemos más intuición que la sensible). Sobre los límites de la experiencia posible se extienden ellas *trascendentemente*, llegan a ser meros seres de pensamiento vacío, no se refieren a ningún objeto real. Ellas abarcan sólo a lo finito. Pero la razón no se satisface con eso. Ella es el fundamento de las ideas, las cuales son necesarias y no se dejan confirmar ni

refutar por la experiencia, porque sus objetos se encuentran por encima de toda experiencia. Pues la idea pasa a lo incondicionado, a lo infinito; pero, precisamente por eso, ella es *sólo idea*. Pero en cambio, las ideas tienen el primado sobre la razón teórica, pues ella se refiere a la *voluntad* que es *auto determinante*, mientras que la teórica es determinada por los objetos ⁽²⁾; ella produce objetos. En la relación práctica, como condiciones de la aplicación de la voluntad determinada moralmente, se admite la posibilidad de estas ideas. Por tanto, Kant traslada la realidad a la razón teórica. Pero esta discrepancia es superada (*aufgehoben*), como la discrepancia entre pensamiento e intuición. La filosofía kantiana es la filosofía de la *discrepancia*. La filosofía Kantiana llevaba dentro de ella la necesidad de un desarrollo que solucionara estas contradicciones. Kant estaba todavía atrapado, limitado, en el pedantismo de su tiempo. Con el auge y el cambio universales que tomó la literatura alemana hacia el fin del siglo 18, también tenía que ser liberada la filosofía de las cadenas y limitaciones en las que todavía fluctúa la razón en Kant. El mismo espíritu que producía en la poesía a un Schiller, a un Goethe era el que llamaba a la existencia a un Fichte y a sus sucesores. Muchos que tomaron su indignancia como límites de..., que lamentaron la tendencia que tomaba la filosofía contra el siglo XVIII ya estaba implicada en Kant, lamentaron que una filosofía *trascendente* que sobrepasaba los límites de la humanidad quisiera mantenerse en alturas que daban vértigos. Sólo que si se reprocha esta trascendencia de la filosofía tiene que reprocharse también la de la poesía. Tampoco la poesía se satisfacía con tocar la flauta rústica del idilio nostálgico y anhelante, con vivir en una aldehuela en feliz pobreza y estrechez, o con condimentar el alimento en el círculo de confiados hermanos con gorros y chanzas de filisteos, o como *Magister morum* (maestro de las costumbres) recomendar a las mujeres doctrina de vida y virtud. Ella lograba unas exigencias entusiastas y trascendentes, las exigencias más altas y últimas que se hacían valer, una tendencia *puramente ideal*, que sólo se deja limitar por la *idea del arte*. *Fausto, Wallenstein, Tasso*, etc., son figuras recias y tan trascendentes que se elevan por encima de los estrechos límites de la vida y la experiencia comunes. Lo absoluto, lo infinito, sólo esto y nada menos que esto, anhela la poesía en su modo de concebir. En la filosofía, Kant ya había dado un enorme paso, ya que convertía en objeto de la filosofía, no el objeto (aquello que es pensado), sino el *pensar* mismo, la razón, e investigaba los *principios* mismos, la posibilidad de la experiencia, que se erguía por encima de la empiria. Pero la filosofía separó todavía en Kant una cierta moderación y limitación.

El se evadía de la especulación en la moral. Pero, en la moral, separada de la especulación, de la idea de lo infinito, aferrarse a Dios y satisfacerse en él, es justa y exactamente el signo de la ineptitud. Por consiguiente, el resultado de la filosofía kantiana es un resultado vulgar. Se encuentra en él la conclusión de la vulgaridad. Lo que aflige, lo que Dios es, si es que él es, sobre este sutil problema pueden romperse la cabeza los filósofos, me atengo únicamente a lo que debo hacer. Lo principal es la acción correcta. Trae bendición y paz en el hogar. Permanecer en la tierra y más cerca de ti, esta es mi divisa. Pero este límite que Kant deja permanecer en la especulación, fue una afrenta para la humanidad, una mácula a la que no podía dejar asentarse, ya que el espíritu que anhelaba lo infinito tenía que encontrarse más sensible, como ya lo era Kant, y en el fondo, también lo era el espíritu mismo que ponía el límite y luego quería superarlo de nuevo. ¿Qué es un espíritu al cual una cosa produce *oposición* y pone límites? Sólo *ser espíritu* es *ser*, es verdadera realidad: ¿Cómo puede algo ser impenetrable para el espíritu? ¿Qué es entonces la *cosa en sí* que Kant pone como límite de la razón? La cosa en sí es la cosa *pensada* sin sus cualidades, sus referencias a mí; es sólo una *idea* fija de ti mismo; tú trasladas la realidad fuera de ti, donde ella no pertenece; hay que encontrarla sólo en ti. La *verdadera cosa en sí*, el verdadero ser en sí es sólo el ser para sí, el ser que se mantiene sólo *a sí mismo*, pero este ser que no es para ningún otro, no es ningún objeto, ningún pasivo, sino sólo *relación consigo mismo*, (este ser absolutamente indeclinable, inconjugable) es *conciencia de sí mismo*. El hombre que planteó *así* la kantiana cosa en sí y le arrojó el guante, que tomó el límite de la razón como una afrenta para toda la humanidad, que lo tomó en sus hombros como una afrenta personal y puso su vida animosa y valerosa para liberar a la inteligencia de esa injuria, era, como lo llamó Jacobi, el *Mesías* de la razón especulativa —*Fichte*—, y no podía ser otro, siendo, como él lo era, cabeza y carácter decididos, *incondicionados*, *sin miramientos*, *fogosos* y *límpidos*. El principio de su filosofía es el *espíritu*; el *espíritu como yo* = autoconciencia. En Kant ya está expresada la unidad trascendental de la autoconciencia como el punto supremo de la filosofía. Fichte realizó este pensamiento, lo convirtió en *principio real*. Así, pues, *el yo* es el principio de su filosofía. ¿Pero *qué es el yo?*

Expliquémoslo. Yo pienso *cosas determinadas*, pero pensándolas yo me *diferencio* de las cosas, las pienso *como cosas*, como objeto, ¿y cómo qué me diferencio de ellas?, *como lo que* piensa. Pero este diferenciar es pensar, pues

diferenciándome de las cosas, yo me pienso como aquello que las piensa; por tanto, yo pienso al *pensar* y por eso *soy consciente de mí*, soy consciente como de lo que piensa. Por consiguiente, esto es el yo: no el pensar en el objeto, sino *el pensar que se retrotrae en sí mismo*, el pensarse a sí mismo. Así pues, el yo es *sujeto-objeto*. *Él es lo que está opuesto (Gegenstand)* —y así es objeto (*Objekt*)—, pero él es objeto (*Gegenstand*) *de sí mismo*, él es sujeto y subjetividad y sólo *por eso yo que es objeto para sí mismo*. El yo es la unidad de *lo pensante y lo pensado*, de la subjetividad y de la objetividad, unidad del pensar y de la intuición, pues *saberse a sí mismo* y pensar es el *ser* del yo, el yo no es, sí él no piensa. Tu yo se realiza exclusivamente por el retrotraerse de tu pensar a sí mismo, pero un pensar, con el cual es dado *inmediatamente* la existencia de su objeto, es *intuición*. Kant dice: sólo por la intuición de un objeto es dada la existencia —con el saberse así mismo y pensar es dada inmediatamente su existencia—; por tanto, el yo es una intuición (pensante), una intuición intelectual. Por consiguiente, la autoconciencia es el ser del espíritu y su verdad, el único ser real, la fuerza absoluta, la realidad absoluta. Pues sólo actividad es realidad. Pero la autoconciencia es ser, es la actividad *más intensa*, pues ella es *sólo por sí misma*: “El yo se pone a sí mismo”; él es sólo porque *él se piensa*, su ser es uno con su actividad.

Ello se aclara también más precisamente: la *verdadera* cosa en sí es el *espíritu*: Kant dice: sólo conocemos lo que una cosa es *para nosotros*, no lo que ella es en sí, o mejor, lo que ella es en relación *a nosotros*, pero no lo que ella es en *relación a sí misma*. Fichte toma a *las cosas* en esta *relación a sí*; la relación *a sí* es una *categoría* que sólo corresponde al espíritu, y sólo en *este sentido* puede comprenderse cuando Fichte niega la *realidad* de las *cosas en sí*; cualquier otro sentido es sin sentido, no entendimiento. Autoconciencia es sólo *ser en sí*, relación a sí misma. El espíritu es también *estar opuesto (Gegenstand)*, objeto (*Objekt*), pero sólo objeto *de sí mismo*. Las dos protodeterminaciones de todo ser, relación a otro y relación a sí, son por tanto, *idénticos* en el espíritu, pues, lo otro, lo objetivo, aquello para lo cual él es, es él mismo. Justamente por eso el espíritu es *ilimitado, infinito*, pues él no tiene nada externo a sus límites, sino él mismo sería algo *externo*, una *cosa*. Él se determina y limita a sí mismo y justamente en esta *autolimitación* surge la cosa. Es así que yo no me pienso, sino que pienso a otro y además de *fixar algo*, mi actividad ilimitada pone un *límite*; sólo entonces surge el objeto.

Ello aclara además que sería una mala objeción, una mala incomprensión, que el espíritu tenga que ser algo, un objeto, una cosa, *si no él es nada*. Pues él es *más* que una cosa, más que algo, y cuando lo piensas como algo, lo colocas en la *categoría de las cosas*, y por consiguiente, sólo tienes una *representación* del espíritu, una imagen. ¿Pero no puedo convertir en objeto de mi pensar al espíritu de otro hombre, como el psicólogo? El espíritu es algo distinto de las propiedades y particularidades psicológicas a las que tú, como observador de los hombres, conviertes en objeto. Todo hombre puede *pensar dentro de sí* a la conciencia, aprehender el *yo puro*, cuando él separa el espíritu de la manifestación, abstraído de sí, como este yo determinado, el cual se llama Cayo o Sempronio; el *yo es naturaleza universal*; tú y yo, ambos presuponemos como *fundamento nuestro el yo mismo*, el yo en su verdad y esencia.

Notas:

1) (Al margen:) Kant comienza su investigación con la pregunta: ¿Cómo son posibles juicios sintéticos *a priori*? Juicios sintéticos tales como donde yo vinculo un predicado a un sujeto, el cual no está contenido en el concepto del sujeto, y por tanto, no puede ser encontrado por análisis del sujeto, donde, por consiguiente, añadido a un sujeto algo distinto de él. Un juicio tal es, por ejemplo: Todos los cuerpos son pesados. En el concepto de cuerpo se encuentra extensión, magnitud, pero no el peso. Conozco el *peso* por la impresión que el cuerpo manifiesta a mi sentir. Pero es un juicio *a priorico*, es decir, un juicio de universalidad y necesidad. Yace en el juicio que todos los cuerpos son pesados y que lo que es cuerpo es necesariamente pesado. Universalidad y necesidad no provienen de la experiencia. Ella solamente dice: que así y frecuentemente así algo ha ocurrido y no que ello tiene que ser, y justamente por eso no le pertenece la categoría *todo*, sino solamente la categoría *algunos*. No he comprobado a *todos* los cuerpos ¿Cómo llego pues, a juicios independientes de la experiencia? Más precisamente, son juicios sintéticos tales aquellos en los que vinculo un predicado al concepto, al objeto del pensar y de la experiencia posibles o reales, como, por ejemplo, el peso. Él es un predicado que conozco por la experiencia. El concepto de cuerpo es un concepto geométrico, independiente de la experiencia, pero el peso es un producto de la experiencia ¿Cómo llego, por tanto, a vincular una intuición sensible con un concepto, a vincular un *objeto de la experiencia*, y a expresar y considerar ese vínculo como *universal* y necesario, ya que la experiencia sólo suministra *algunos*? Todas las proposiciones matemáticas son sintéticas.

¿Cómo llego, pues a eso? Sólo así: que *a priori*, independientemente de toda experiencia determinada, conceptos e intuiciones originales, están en nosotros. Estas intuiciones son espacio y tiempo. No son substancias, *no son cosas*, ni tampoco conceptos sacados de la experiencia; la matemática, una ciencia *a priori*, presupone la existencia de una intuición *a priori*. *Tengo que intuir todo en espacio y tiempo*. Ellas son formas necesaria y universales de nuestra intuición; pero sólo son formas de *nuestra* sensibilidad, *receptividad*, la manera como somos afectados por las cosas. Pero, justamente, hay también conceptos puros originales en nosotros, el entendimiento es un principio *autoactivo*, creador de conceptos inmanentes, una *mónada* que crea y saca todo de sí, no es ningún mendigo que ha admitido un trozo de la experiencia; él vive de su patrimonio. Y sólo por eso tenemos entonces juicios *a priori*, porque hay en nosotros un concepto *a priori* que produce principios. Pero todo verdadero conocimiento es un conocimiento *sintético* que proviene, por tanto, del *enlace entre pensar e intuición*. Lo profundo en Kant es esta unidad entre pensamiento e intuición y el entendimiento como autoactivo (?), pero Kant separa como dos componentes *particulares* pensamiento e intuición y los pone en oposición.

2) (Al margen:) La voluntad es la facultad de producir objetos que corresponden a las representaciones.